



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2014

César Augusto Sánchez Taborda

SOBRE LA CONSTRUCCIÓN HUMANA EN EL LENGUAJE

Revista Affectio Societatis, Vol. 11, N.º 21, julio-diciembre de 2014

Art. # 5 (págs. 57-72)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

SOBRE LA CONSTRUCCIÓN HUMANA EN EL LENGUAJE¹

César Augusto Sánchez Taborda²
Institución Universitaria de Envigado, Colombia
csanchez0203@gmail.com

Resumen

El presente escrito recoge algunas ideas específicas con las cuales se propone guiar la articulación entre el lenguaje y la constitución psíquica; así mismo, destacar algunas otras que, consideramos, se convierten en hitos esenciales a la hora de disertar acerca de las manifestaciones del habla en la dimensión clínica. Tomamos para la elaboración la guía freudiana según la cual la asociación libre permite el acceso a lo inconsciente, vía por la cual el psicoanálisis se aleja de otro tipo de terapéuticas y posiciona al lenguaje —del mismo modo que lo hacen autores como Octavio Paz— como un asunto en íntima relación con la existencia. En esa perspectiva, retomamos ideas de Jacques-Alain Miller, quien, siguiendo a Lacan, otorga al lenguaje una simetría con la noción de 'estructura'.

Palabras clave: lenguaje, psiquismo, clínica, estructura.

ON HUMAN CONSTRUCTION IN LANGUAGE

Abstract

This paper presents some specific ideas with which it proposes to guide the articulation between language and psychic constitution. It also highlights some of the ideas that we consider to

become essential milestones when discussing the manifestations of speech in the clinical dimension. We take the Freudian guide, according to which the free association allows access to the unconscious, and thus psychoanalysis gets away from other therapeutics and positions language — in the same way that some authors like Octavio Paz do— as a matter closely related to existence. In this perspective, we go over Jacques-Alain Miller's ideas. Following Lacan, he gives language a symmetry with the notion of 'structure'.

Keywords: language, psyche, clinic, structure.

À PROPOS DE LA CONSTRUCTION HUMAINE DANS LE LANGAGE

Résumé

Ce texte recueille quelques idées spécifiques qui seront la base sur laquelle s'orientera l'articulation entre le langage et la constitution psychique. De même, il a pour but de souligner quelques idées qui, selon nous, deviennent des événements marquants au moment de disserter sur les manifestations de la parole dans la dimension clinique. La thèse freudienne selon laquelle l'association libre permet l'accès à l'inconscient sera notre point de départ. Grâce à cette voie, la psychanalyse s'éloigne d'autres thérapeutiques et place le langage —ainsi que des auteurs comme Octavio Paz le font— comme un sujet lié intimement à l'existence. Sous cet angle, nous avons repris des idées de Jacques-Alain Miller qui, suivant Lacan, confère au langage une symétrie avec la notion de "structure".

Mots-clés : langage, psychisme, clinique, structure.

Recibido: 02/09/13

Aprobado: 20/10/13

1 Este texto se ha construido como soporte del proyecto de investigación titulado "La construcción humana en el lenguaje", a presentarse en la Institución Universitaria de Envigado en 2014.

2 Psicólogo. Psicoanalista. Magíster en Ciencias Sociales: Psicoanálisis, cultura y vínculo social, Universidad de Antioquia. Candidato a Doctor en Filosofía, Universidad Pontificia Bolivariana (Colombia). Docente de la Institución Universitaria de Envigado (Colombia).

Introducción

Disponer de las nociones que permitan articular los estudios acerca del lenguaje con la clínica psicológica de nuestros días, no deja de ser una tarea ambiciosa y hasta utópica, pues no son pocas las discusiones que se han generado alrededor de este tema —especialmente en el siglo XX— y particularmente desde la lingüística y los estudios sociológicos donde, con frecuencia, se suele pensar el lenguaje como un objeto más de las ciencias al cual es posible diseccionar y estudiar sus componentes por separado. Contando con esta imposibilidad, anticipamos dos ideas que están atravesando esta construcción y con las cuales el psicoanálisis, además de argumentar su postulado de la asociación libre como vía para el acceso a lo inconsciente, se distancia de otras terapéuticas y concepciones del sujeto en el mundo contemporáneo; estas son: el lenguaje no es un objeto y el sujeto no es una sustancia. La primera idea la dejamos plasmada desde las consideraciones de Octavio Paz, pero bien puede ratificarse en muchas de las consideraciones freudianas y lacanianas al respecto; la segunda parte de la lectura que Jacques-Alain Miller hace del Dr. Jacques Lacan, específicamente de su acercamiento al estructuralismo de mediados del siglo XX y posterior distanciamiento de éste, lo cual le permite considerar la noción de ‘estructura’ como algo equivalente al lenguaje.

El lenguaje no es un objeto

Partimos para este escrito de una orientación según la cual “[...] el lenguaje es una condición de existencia del hombre y no un objeto, un organismo o un sistema convencional de signos que podemos aceptar o rechazar [...]” (Paz, 1994: 31). Con esta indicación, Octavio Paz está discutiendo con los especialistas que dicen poder aislar en el lenguaje sus componentes y convertirlos en objetos de estudio, de la misma manera como se hace con los objetos de la ciencia. En contrapartida, su propuesta es básica: estamos hechos de lenguaje y las palabras no viven fuera de nosotros, de suerte que para poder utilizar el lenguaje y, sobre todo, para saber de él, no tenemos más remedio que emplearlo. Su reflexión, indica en *El arco y la lira*, no pretende desestimar los estudios de la lingüística, sino advertir de dos limitaciones inherentes a un estudio del lenguaje, entre las cuales destaca el hecho de que éste se nos escapa en la medida en que se trata de una dimensión indivisible e inseparable del hombre (Paz, *Ibíd.*); y también que el lenguaje mismo, sin ser exclusivo de la especie humana, tiene dentro de sus componentes una dimensión exclusiva del hombre. Esta segunda limitación va dirigida a las frecuentes intenciones de ligar el lenguaje con teorías comunicativas de diversa índole, dentro de las cuales se alberga todo el reino animal e incluso el lenguaje corporal y ciertas formas de expresión artísticas. Ambas limitaciones, veremos, están vinculadas estrechamente, pero derivan hacia formas destacadas del lenguaje humano donde la subjetividad es imprescindible.

En efecto, en los lenguajes animales aparecen dos notas distintivas entre lenguaje y habla: el significado y la comunicación. El grito del animal alude a algo, dice algo, posee significación. Ese significado es recogido y comprendido por los demás animales y, por tanto, comunica algún sentido. Entonces, los gritos inarticulados constituyen un sistema de signos comunes dotados de significación. Pero el habla, en su inmensa variedad, matices y dialectos, podría pensarse como un nivel superior del lenguaje animal que ha logrado especificarse y codificarse a lo largo de una historia abisal del lenguaje en su conjunto. En esa perspectiva, la disección de las palabras permitiría un estudio similar al de cualquiera de los objetos de la ciencia... (Paz, 1994: 32)

Empero, sobre la idea previa aparece el primer reparo de Paz, pues no encuentra argumentos aún suficientes para analizar la complejidad del habla humana; el segundo lo indica sobre la mesa, cuando se piensa la ausencia de pensamiento abstracto en el lenguaje animal; y en tercer lugar, más decisivo aún, cuando se desliga el habla de las manifestaciones instintivas o espontáneas de respuesta a un estímulo material o psíquico. Sobre estos tres puntos en discusión, Octavio Paz recuerda que la significación humana es indicativa, emotiva y representativa al mismo tiempo. En cada expresión aparecen las tres dimensiones en niveles distintos y con diversa intensidad, lo que habla de la singularidad especial del hombre y de su especial y hasta sintomático tipo de respuesta humana a los diversos estímulos. Aunque da cabida a la existencia de las dos primeras dimensiones en las especies animales, señala cómo la dimensión representativa es exclusivamente humana y, siguiendo el argumento de Marshall Urban, pregunta a los especialistas del lenguaje si acaso los gritos animales contienen las tres funciones —indicativa, emotiva y representativa— (Ibídem). Y su conclusión deriva en la idea de que el lenguaje humano tiene de su lado la exclusividad de ser simbólico o representativo, es decir, tiene la doble capacidad de designar y describir objetos, no captarlos en su significado aparente o en su también inferida capacidad de transmitir emociones. A esta altura, entonces, los argumentos pueden participar de las ideas acerca de que los animales pueden indicar o significar, también manifestar emociones, pero no poseen la capacidad representativa propia del lenguaje humano, específicamente en lo referente al habla.

Y Octavio Paz no deja de señalar que contra el argumento anterior suele destacarse la idea de un desarrollo en progreso del lenguaje humano, tanto como del lenguaje animal, donde éste último estaría a punto de perfeccionarse. Es decir, es como si sobre el lenguaje pudiera suponerse latente un paso de lo simple a lo complejo, lo que llevaría pensar que las comunidades arcaicas, aquellas que habitan en las leyendas y edades más alejadas de nuestro tiempo, pudieran considerarse habitadas de lenguajes más simples. Todo lo contrario, dice Paz: las culturas primitivas tienen ya lenguajes de enorme complejidad. En tal sentido, indica cómo Levi Strauss, al hablar de la eficacia simbólica y del mito, ha mostrado con claridad que el paso de lo simple a lo complejo puede ser una constante en las ciencias naturales, pero nunca en la cultura (1994: 34).

Entonces, se va destacando la idea de que el lenguaje humano, además de la complejidad existente desde el comienzo mismo de las sociedades, posee el ámbito representativo como un rasgo distintivo suyo que se destaca con mucha fuerza en los actos de habla. En esta línea, Paz propone seguir argumentos como los de Herder y algunos románticos alemanes para quienes la esencia del lenguaje es simbólica porque posibilita el cambio de un elemento de la realidad por otro, según ocurre con las metáforas, o de desplegar un sentido entero de esta a partir de un pequeño rasgo, como ocurre en la metonimia. Cada palabra o conjunto de ellas es un elemento mágico de variabilidad constante en la historia, donde cada cosa es susceptible de cambiarse por otra. Por esta vía recuerda a los poetas y las consolidaciones míticas que hicieron que el hombre pudiera ser otro y, además, lo separaron del mundo natural. De allí la tesis fuerte de la cual no participan las especies animales: el hombre es un ser que se ha creado a sí mismo al crear y recrear el lenguaje.

Ciertamente este tipo de argumentos requiere de matices, sobre algunos de ellos volveremos, no sin antes destacar que aunque Octavio Paz no cuestiona directamente la lingüística, sus argumentos e hilos conductores no dejan ésta más allá de un estanco singular: el ámbito de la cientificidad donde las cosas se diseccionan para su estudio, pero al diseccionarse, cosa que realizan de manera alucinante bajo la pretensión de hallar una verdad última, pierden de vista la subjetividad que el sujeto hablante porta.

Cada palabra producida no se genera de manera instintiva, y aunque eventualmente aparecen en el sujeto vestigios de una existencia 'instintual', también es válido señalar que con regularidad el lenguaje oculta, silencia y disimula esas formas primitivas de la condición humana. Lo que de esto se destaca es que en cada palabra, igual a como ocurre en algún poema, existe una voluntad creadora que no se puede pensar dissociada de otras facultades psíquicas del individuo; es decir, no es viable admitir entidades psíquicas — memoria, voluntad, otras— independientes de la vida ordinaria del sujeto. Pues asumir un argumento en tal perspectiva sería ingresar en concepciones donde el cuerpo y alma, el cuerpo y espíritu, fueran dos cosas distintas (Paz, 1994: 37). Conviene, en su lugar, pensar lo psíquico como una entidad indivisible, es decir, dejar de lado la notación sujeto-objeto para pensar el lenguaje humano y los resortes de su producción. A hallazgos similares llegó la clínica psicoanalítica, a la cual pasaremos a continuación para pensar desde ella problemas cercanos al lenguaje en la constitución del sujeto.

El psicoanálisis y algunas ideas acerca del lenguaje

Adentrarse en el campo del psicoanálisis para establecer lo que éste ha dicho a propósito del lenguaje, no es algo simple puesto que de alguna manera se encuentra en la misma perspectiva de lo señalado por Octavio

Paz, es decir, se trata más de algo del orden de la existencia que de un objeto que se pueda estudiar en sus componentes aislados.

El psicoanálisis se ha servido del lenguaje para el reconocimiento de las formaciones del inconsciente (actos fallidos, lapsus, síntomas, sueños) y con tal interés ha realizado elaboraciones que lo conducen por la vía del sentido de estas manifestaciones. En esta ruta, el estudio matizado de tales producciones, teniendo como fulcro la regla analítica fundamental de la *asociación libre*, permitió a Freud la comprensión de dichas formaciones como procesos psíquicos completos donde el lenguaje es causa y efecto de la emergencia de una singularidad siempre distinta: el sujeto. El sujeto es un efecto del lenguaje, es la noticia que más circula al respecto, y parece ser justo esa idea la que más objetores encuentra en diversos saberes contemporáneos.

Sobre las ideas previas, bien podemos anticipar la objeción que se le hace al trabajo clínico devenido de los establecimientos del psicoanálisis; objeción que deriva en varias preguntas que, miradas con detenimiento, intentan sostener distintas nociones e ideas provenientes de saberes que de muchas formas están amparados en las ideas de la biología, la genética, la evolución, la ciencia en última instancia. Se trata de un cómo y un por qué al lenguaje en términos de existencia, de un interrogante a la dinámica de lo inconsciente y a la técnica que privilegia la palabra del sujeto parlante sin dirección prefigurada. Es decir, el trabajo clínico propio del psicoanálisis no deja de ser enigmático para quienes pretenden una prescripción especial sobre la vida de los pacientes, para quienes —sabiéndolo o no— pretenden una ortopedia moral con sus consultantes, o para aquellos que no tienen confianza en que la *asociación libre* tiene un efecto encadenante y configurador de la vida del sujeto que habla. Así, la licencia para hablar no es comprendida por quien tiene una idea clara y concreta del funcionamiento del psiquismo, por quien ha ingresado en el pragmatismo de ciertos saberes, o sencillamente está asediado por las repeticiones de actos sin sentido en su vida ordinaria.

El psicoanálisis, aunque tiene una idea bien singular sobre el lenguaje desde el trabajo que hace al interior de la misma disciplina, no deja a un lado postulados de otros saberes a propósito del lenguaje, con los cuales ha intentado, entre otras, corroborar y dar consistencia a ese enigmático y complejo fenómeno humano: su capacidad representativa. Con una intención de este orden, el psicoanalista francés Jacques Lacan se valió de Ferdinand de Saussure para mostrar la vigencia y el alcance de algunas nociones de este lingüista a la hora de sopesar las objeciones que se hacen al psicoanálisis mismo. Algunas de las nociones centrales tomadas del *Curso de lingüística general* son: el carácter binario, lo indisociable y la extensión del signo lingüístico. Sobre estos tres tópicos Lacan avanzó hasta determinar que el lenguaje mismo tiene una función sustantiva en la terapia: el habla; y una función esencial en la estructuración psíquica: el significante.

Entonces, quizás llevados por los argumentos solicitados por los objetores venidos de varias disciplinas, se puede indicar que el psicoanálisis participa de dos temas concretos cuando se piensa en el lenguaje: la estructuración psíquica y la dimensión terapéutica. Tal como lo indica el título de este apartado, expondremos algunas ideas sobre el problema en cuestión.

En Sigmund Freud encontramos dos nociones que harán historia dentro del ámbito clínico y la teoría misma: la condensación y el desplazamiento. Con ellas es posible adentrarse en un dominio que permite abrir y comprender esa vía privilegiada de acceso a lo inconsciente denominada el sueño; pero, además, se favorece la comprensión de la dinámica psíquica, la comprensión de lo humano más allá del ámbito de la consciencia, es decir, más allá del modo como lo coteja la filosofía moderna y gran parte de las escuelas psicológicas contemporáneas.

Ahora, ingresar al estudio sobre las particularidades del lenguaje en la vida anímica por la vía del sueño, tal como lo propone Freud, no es un asunto aceptado universalmente. Suele señalarse cómo Freud no se valió nunca de estudios al respecto, cómo tampoco se valió de lógicos o filósofos de su época o de épocas anteriores, que de alguna manera se ocuparon del lenguaje. Empero, quizás uno de los riesgos de este trabajo sea hacer notar que las expresiones alusivas al signo lingüístico contenidas en el trabajo de Saussure (y con las cuales Lacan va a hacer posteriormente una formalización del psicoanálisis), se encuentran con facilidad en Freud —por lo menos en la comprensión de la estructura psíquica—. Lo posterior al maestro vienés, y en relación con el problema del lenguaje humano, se encuentra derivado del trabajo de Jacques Lacan, un trabajo amplio diseminado en toda su obra, disperso y disimétrico incluso en sus significaciones de acuerdo al momento de escritura, nada unívoco. Quizás por esta última razón haremos eco de dicho trabajo desde los aportes de Jacques-Alain Miller quien, como Lacan, destaca de todas las consideraciones la noción de significante.

Volvamos a Freud, la condensación fue expuesta detalladamente por él en “La interpretación de los sueños” en el año de 1900. Su incorporación parte de una premisa vigente hasta nuestros días: las manifestaciones del sueño de los hombres suelen leerse de manera pictórica por éstos, eso lleva a que con regularidad las expresiones del sueño se tilden de absurdas y se desestime su análisis como elemento aportante a la comprensión del psiquismo, incluso, como un elemento esencial en el tratamiento de los pacientes. Pues bien, la tesis de Freud es que existen alrededor del sueño dos tipos de contenido: el contenido manifiesto y el contenido latente o pensamientos del sueño. En tal sentido, el psicoanalista no debe apresurarse a interpretar el sueño contando sólo con lo manifestado por el sujeto a la manera de un pictograma, sino desde el contenido latente del mismo; y, adicionalmente, el terapeuta no debe leer esos signos aislados y muchas veces incoherentes desde su valor figural, sino desde su referencia signante (Freud, 1979/1900: 287).

Por lo general, lo que se recuerda del sueño, señala Freud, es una suerte de síntesis de una serie de pensamientos que procuraron su elaboración o desfiguración misma, es decir, que de una madeja de pensamientos latentes, el sujeto logra recordar una mínima parte de estos luego del despertar, y en ocasiones casi nada de ellos. Pues bien, esta síntesis ha devenido gracias a un proceso que Freud denomina condensación. Ante esta condensación el analista debe proseguir su trabajo contando con una pregunta de toda pertinencia para la clínica en general: ¿acaso la asociación libre que comanda el análisis puede llevar de manera certera hasta los trazos originarios del pensamiento onírico, o acaso el sujeto aporta material nuevo al sueño durante su análisis? Freud estableció que la tendencia es a considerar que casi siempre ocurre lo segundo, es decir, que el sujeto aporta durante el análisis nuevos elementos al sueño. Sin embargo, Freud mismo descarta de plano esa posibilidad: “[...] tales conexiones solo se establecen entre pensamientos que ya estaban ligados de otro modo en los pensamientos oníricos; las nuevas conexiones son, por así decir, contactos laterales o cortocircuitos, posibilitados por las vías de conexión diferentes y que corren a mayor profundidad” (Freud, 1979/1909: 288).

La clave de la condensación no puede ser otra que la omisión, dice Freud, ello si damos cabida a la siguiente idea: de una gran cantidad de material circulante en el pensamiento inconsciente nos quedamos con una síntesis apretada del mismo. Aceptada esta proposición, la pregunta a responder es ¿qué condiciones comandan la elección del material? (Ibíd.: 289). Freud es vacilante en la respuesta ante ésta última pregunta, pese a la claridad de sus escritos, pues no muestra algún rasgo específico de ello en los múltiples ejemplos utilizados. Esto es importante en construcciones posteriores del psicoanálisis, la inexistencia de rasgos comunes entre individuos. Ahora, hacia el final de su elaboración respecto de la condensación, señala que ésta tiene una importancia capital para comprender los procesos psíquicos; y destaca cómo la condensación tiene por carácter la elección de elementos que están presentes de forma múltiple: lo hace a través de “personas de acumulación o productos mixtos” (Ibíd.: 302). Adicionalmente dice: lo más notable de la condensación se aprecia cuando se han escogido palabras o nombres, pues estos son tratados en el sueño como cosas, y experimentan idénticas urdimbres que las representaciones-cosa del mundo (Ibídem.).

Ahora bien, el trabajo de desplazamiento en el sueño (des-centramiento), parece en principio lo contrario de la condensación, pero en realidad Freud indica que del sueño sólo obtenemos un material descentrado, no central, de los pensamientos oníricos. Es decir que en muchas ocasiones lo esencial del sueño no necesita estar presente en el contenido manifiesto (Ibíd.: 311). De ello se desprende la tesis de que el trabajo del sueño exterioriza un poder psíquico que, por una parte, despoja de su intensidad a elementos de alto valor psíquico y, por la otra, procura a los de valor ínfimo *sobredeterminaciones* (personas y objetos múltiples). De este modo, el desplazamiento y la condensación son los *maestros artesanos* a cuya actividad puede atribuirse la configuración del sueño (Ibíd.: 313). De modo general puede señalarse que ambos procesos actúan

generando una desfiguración (dislocación) del deseo onírico inconsciente; se trata de un proceso que se reconoce ampliamente en otras manifestaciones de lo inconsciente dentro de las cuales se destaca la censura, la defensa endopsíquica (Ibíd.: 314).

Quiero destacar dos ideas sobre las cuales no ha cesado la discusión, especialmente entre filósofos y psicoanalistas. Primera, existe un pensar allende de la consciencia (inconsciente) que tiene poderes directos sobre la vida general del sujeto; segunda, la expresión desplazamiento, en la medida que anuncia en Freud que lo esencial de una representación inconsciente está o puede estar lejana en la pictografía misma del sueño narrado, lo que obliga a dar crédito y cuidados especiales a la potencia de la asociación libre, pues en la medida en que se le indica al paciente hablar de lo que se quiera, se lo está exhortando a nombrar ese elemento descentrado figurativamente en el sueño. La segunda de estas ideas conecta, nos parece, la asociación libre con la estructura subjetiva.

En una formulación de excelsa precisión, Lacan (“La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”) se refiere a lo anteriormente señalado: “La experiencia psicoanalítica no consiste en otra cosa que en establecer que el inconsciente no deja ninguna de nuestras acciones fuera de su campo” (1984b: 494). Para llegar a esta alusión, ha deshilvanado la temática de la *talking cure*; ha puesto matices a la metáfora y la metonimia para indicar cómo ambas son los ‘gatillos’ para desentrañar el sentido de los síntomas, entre otros, para llegar a la siguiente consideración cuando habla del cogito cartesiano y establecer la posición del psicoanálisis frente a este: “[...] no hay ningún inconveniente en hacer intervenir el término ‘pensamiento’, pues Freud designa con ese término los elementos que están en juego en el inconsciente; es decir en los mecanismos significantes que acabo de reconocer en él” (Lacan, 1984b: 497).

Estructura y lenguaje

Cuando en la obra de Lacan se habla de estructura, de manera singular se está hablando de lenguaje (Miller, 1994: 89). Pero no debe suponerse en este sentido que siga el estructuralismo reinante en Europa entre los años cincuenta y sesenta del siglo XX; en su lugar, Lacan retoma su estructuralismo, sus estudios del lenguaje siguiendo las pistas de Saussure, de Lévi-Strauss y de Jakobson, es decir, toma muy en serio los análisis de estos autores respecto del lenguaje y, sobre todo, las incrustaciones que Lévi-Strauss hace de sus hallazgos en la ideas que había escuchado de Jakobson, siempre teniendo presente el ‘binarismo’ establecido por Saussure.

Ahora, es importante destacar que el estructuralismo al cual se refiere Lacan es desde todo punto de vista un antisustancialismo (Miller, 1994: 91) y señalar que el psicoanálisis se adhiere a ello. Pues el sustancialismo

como doctrina supone y se funda en el establecimiento de diferencias en las propiedades intrínsecas de los seres; implica que existen sustancias dotadas de propiedades que pueden ser consideradas en sí mismas esenciales, que no cambian con el tiempo.

Las líneas de Saussure, retomadas por Lacan, se refieren preferencialmente a lo binario del signo lingüístico y a cada una de las consecuencias que de allí se desprenden. A continuación vamos a retomar algunas ideas centrales en Saussure y, posteriormente, veremos las consecuencias a las cuales llega Lacan contando con la experiencia clínica.

Ferdinand de Saussure ya difería acerca de las tendencias de tomar el lenguaje de manera mecánica, criticaba la idea de concebir el lenguaje como una mera nomenclatura, en la cual una lista de términos corresponde a muchas cosas. En tal perspectiva, quizás su mayor aporte a la discusión que aquí intentamos establecer se refiere al binarismo del signo lingüístico: Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica. Y sobre este particular indica: “la imagen acústica no es solamente el sonido material, cosa puramente física, sino su huella psíquica, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos” (Saussure, 1976: 91).

Saussure propone pensar el carácter psíquico de nuestra lengua a partir de lo que podemos hacer en silencio con el lenguaje: podemos hablarnos a nosotros mismos. En tal sentido, piensa que el signo lingüístico es una entidad de dos caras: imagen acústica y concepto, que pueden reemplazarse por significado y significante (Ibíd.: 93). Del signo lingüístico, adicionalmente, Saussure presenta dos principios fundamentales, los cuales invito a leer teniendo como telón de fondo las construcciones de Lacan de la cadena significante y del inconsciente estructurado como un lenguaje. Dichos principios son la arbitrariedad del signo y el carácter lineal del significante, sobre los cuales Saussure realiza las siguientes observaciones.

De lo arbitrario del signo no existe discusión alguna, pero todavía no se han hecho evidentes todas las consecuencias de dicha arbitrariedad. Quizás la mayor consecuencia, y tarea, sea valorar si todos los sistemas de signos cumplen con el presupuesto de ser adheridos por el colectivo a la manera de reglas, cosa que parece un hecho. Empero, cuando se trata de observar el modo cómo la “arbitrariedad del signo” tiene algo que ver con la subjetividad es donde, de inmediato, emerge la tendencia a tomar el lenguaje como una cosa para ser estudiada y no como un asunto de existencia. Pues es la maraña bastante crítica de la arbitrariedad del signo —en el flanco de las asunciones particulares del mismo— lo que queda para ser pensado por el campo de la semiología, es decir, por aquel saber que trata acerca de los signos de las enfermedades desde el punto de vista del diagnóstico y el pronóstico. En tal sentido, lo admitido es que el lenguaje es el modelo general de la semiología y esto nos obliga a admitir, de forma inmediata, la idea de que el lenguaje hace parte de los asuntos importantes de la formación del clínico en general.

En el campo de lo arbitrario, además, se ha discutido si las onomatopeyas y las exclamaciones son o no arbitrarias, y casi siempre se las eleva al estatus de símbolos, es decir, al estatus de esos elementos culturales que, dado su alcance, fuerza y tradición, se salen de lo arbitrario. Saussure desmiente esta posibilidad al quitarles a ambas su cara simbólica o su estrecha significación con la cosa significada, de modo distinto a como ocurre con los símbolos mismos (ejemplo, la balanza de la justicia que difícilmente se puede cambiar por otro objeto). Entonces, para nuestro interés, nada más polisémico y arbitrario que una exclamación, especialmente si se la saca de su contexto; nada más complejo de analizar que los lenguajes de señas que inundan el imaginario de quien pretende descifrarlos. Como consecuencia, y esta es la discusión de fondo, no se puede instituir un análisis de lo inconsciente sin contar con la *asociación libre*, no es posible discernir la elección de los materiales en el sueño, los descentramientos, las abundantes manifestaciones del lenguaje, si el sujeto concernido en la terapia no habla, con lo cual el habla va tomando una dimensión esencial para el psicoanálisis.

Sobre este particular Saussure indica un dato importante: la lengua es el lenguaje sin el habla, es el conjunto de hábitos que permite al hombre comprender y hacerse comprender. Pero el habla es fundamental, pues no existe en modo alguno una lengua fuera del hecho social. Esto llevó a Saussure a cambiar el primer algoritmo de signo y significante por el de lengua y masa hablante, la cual está estrechamente ligada al tiempo (Saussure, 1976: 103).

Un elemento central respecto del signo lingüístico, para Saussure, tiene que ver con la inmutabilidad de este. Ello presupone algo parcialmente aceptado: que todos heredamos, en cualquier momento de la historia, la lengua que hablamos, que no elegimos las palabras con las cuales se designan estas o aquellas cosas. Un argumento muy interesante al respecto lo propone Saussure al decir: los sujetos son inconscientes, en gran medida, de las leyes de la lengua, y al no darse cuenta no pueden modificarlas (1976: 98). Pero este aspecto inmodificable parece contradecir lo arbitrario del signo lingüístico, lo que nos lleva a preguntar si la lengua es igual a las demás instituciones sociales. Con el ánimo de dar una respuesta a la pregunta anterior, Saussure muestra justamente que lo arbitrario del signo lingüístico hace que la lengua no sea igual a las demás instituciones sociales. Y no es igual por lo siguiente: de todas las instituciones sociales no hacemos uso de manera permanente, pero de la lengua sí, incluso sin darnos cuenta. Ahora, lo arbitrario no permite cambio alguno de la lengua, pues eso arbitrario no indica libertad o liberalidad alguna de la lengua, no implica tal dado que no se trata de algo que usemos individualmente ni esporádicamente, se usa por una masa y de manera permanente, lo que hace que los cambios no sean asuntos inmediatos o convenciones que puedan aceptarse por pequeños grupos y suponer que los demás los acepten de inmediato y sin refutaciones.

Sobre el carácter lineal del significante, como segundo principio del signo lingüístico, Saussure dice: se trata de un principio evidente, pero del cual deben tomarse todas sus consecuencias. El carácter lineal

depende de los caracteres que toma en el tiempo, por lo que la extensión es clave y además mensurable. En el fondo, el carácter lineal habla de cómo los significantes van formando una cadena que en su métrica y elementos tienen diversos significados. En este aspecto es necesario recordar cómo Lacan piensa el significante en diversos momentos, pueden ser cortos o largos, desde una palabra hasta un texto completo, pero en cada caso la sumatoria o resta de significantes hacen variar el sentido de la cadena.

Consideremos en este momento que las ideas de Saussure favorecieron a Lacan para lanzar algunas proposiciones importantes con las cuales se resignifica el análisis y los desarrollos teóricos mismos. Permítasenos un parafraseo de cuatro de ellas, tomando como apoyo el modo en que Miller las extracta.

Primero, si uno se interesa por la combinación de los elementos e intenta conjugarlos, está en una relación que implica de entrada que uno remite al otro. Por allí Lacan se introduce en la estructura de cadena (Miller, 1994: 92). Segundo, la hipótesis estructuralista implica que en una dimensión dada los elementos se definen unos en relación con otros, lo que supone un conjunto de definiciones correlativas. A esto Lacan lo llama “tesoro de los significantes”, y para ello no se privó de usar la teoría de conjuntos. Tercero, la función del Otro, en tanto tal, es deducible del binarismo, porque uno no puede tomar un solo elemento de la cadena sin ser remitido al otro. El concepto de *gran Otro*, por tanto, no hace más que darle valor a esas dimensiones del lenguaje. Empero, el concepto de Otro es bastante refinado, y por lo menos tiene dos referencias especiales: el Otro al cual uno es remitido y el Otro como tesoro de los significantes. En esta vía, la perspectiva del UNO implica que el UNO está por fuera de uno mismo para quedar del lado del Otro. Así pues, no se debe creer que en los escritos de Lacan, o en cualquier disertación sobre el tema, se puede hablar del Otro como algo siempre igual (Ibíd.: 93). Cuarto, la hipótesis estructuralista tiene un efecto de aligeramiento: produce por sí misma una falta generalizada porque es, precisamente, de-sustancializante, y ello genera y despliega la falta en ser. Ya no se ven cosas concretas, ya no se ven individuos, cada uno es aislable, definible en cuanto tal (Ibíd.: 94).

Estos puntos de vista —extraídos por Miller de la lectura de Lacan— conducen a pensar la lógica del significante en términos de cadena ($S_1...S_2,..$) en la cual ningún elemento existe sin el otro. Ahora, poniendo ese asunto en perspectiva clínica, ello no hace otra cosa que generar un problema alrededor de *la identificación*, la cual no puede funcionar más que en la dimensión donde los seres no tienen identidad o donde dicha identidad está fracturada, clivada y deportada fuera de sí misma.

Se entiende así la congruencia del psicoanálisis con la hipótesis estructuralista en la medida que se opone al sustancialismo; se comprende el carácter analítico de ella, dado que opone de inmediato la fragmentación a los modos de vitalismo y a todo globalismo. A eso llegó la sociedad europea en los años sesenta del siglo

XX, y a ello llega el psicoanálisis con una lectura puntual del modo como se estructura el sujeto y del modo como transita la clínica.

El sujeto no es una sustancia

Consideremos ahora dos elaboraciones lacanianas que permitan pensar y retomar el problema del lenguaje más allá de un objeto y la idea del sujeto por fuera de concepciones sustancialistas (favoreciendo el segundo tópico): “El estadio del espejo” y “La significación del falo”. En el primer texto, Lacan da cuenta de un drama primordial, del cual el sujeto va a conquistar una imagen de sí mismo y, además, va a inscribirse en la matriz de las identificaciones posteriores. La idea central al respecto se ubica así:

El estadio del espejo es un drama cuyo impulso interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad [...] Así la ruptura del círculo del Innenwelt al Umwelt engendra la cuadratura inagotable de las reaseveraciones del yo (Lacan, 1984a: 90).

La conquista de la imagen de sí tiene, entonces, tres momentos. El primero hace alusión al modo como el infante vive una confusión (primera) entre sí mismo y su imagen. Lacan señala que este modo de proceder deja marcadas las formas de relación del niño con el otro (un niño golpea y dice que le han golpeado, otro ve a otro caer y llora). Pero es claro que este proceder estereotipado no se agota con la infancia y más bien hace parte constitutiva de las relaciones de todo sujeto con el otro. De tal modo, la imagen es ‘virtualmente’ otro consistente con el cual el hombre se enreda. El segundo momento se refiere al modo como el niño se va dando cuenta que ese otro que aparece en la imagen no es real. Los primeros precursores de las teorías del desarrollo habían observado este comportamiento, Henri Wallon especialmente, de quien Lacan toma algunas anotaciones antes de su construcción de “El estadio del espejo”. Este momento indica algo singular: el niño sabe distinguir la imagen del otro de la realidad del otro. El tercer momento dialectiza las dos etapas precedentes porque el niño adquiere la convicción de que la imagen sólo es una imagen que es la suya (Dor, 1995: 92).

Este trabajo de Lacan ha sido leído con varias claves y frente a diversos fenómenos individuales y colectivos. Con la intención de lograr una incidencia en la reflexión en el marco de una clínica que no suponga un sujeto sustancial, invitamos a pensar cómo la configuración del yo por la vía de la imagen arroja una consecuencia de profundidad: el sujeto alcanza una ‘identidad’ a partir de imágenes fragmentarias de sí mismo, y esa conquista de una imagen que salve de la angustia del cuerpo fragmentado genera la matriz inicial de todas las identificaciones del sujeto. Dicho de otra manera, si el sujeto se identifica —como bien lo muestra el psicoanálisis—, es en virtud de su ingreso fragmentario al mundo y de la insistencia problemática

de esa fragmentación en lo más profundo de su ser. Punto problemático, pues tal como lo postula Lacan, desde los “Tres ensayos para una teoría sexual” hasta “Tótem y tabú”, lo que el psicoanálisis encuentra es la repetición incesante de esos primeros trazos psíquicos conquistados con y en el otro. Adicionalmente, y esto permite abrir un debate bastante contemporáneo con la sociología, la identificación señala que si el sujeto busca una identidad en el otro, es justo porque porta en sí mismo un desconocimiento crónico (Dor, 1995: 93).

En “La significación del falo”, Lacan señala:

Nos hemos visto conducidos a promover como necesaria para toda articulación del fenómeno analítico la noción de significante, en cuanto se opone a la de significado en el análisis lingüístico moderno. De ésta Freud no tenía conocimiento [...] pero es el descubrimiento de Freud el que da a la oposición entre significante y significado el alcance efectivo en que conviene entenderlo, a saber, que el significante tiene función activa en la determinación de los efectos en que lo significativo aparece como sufriendo su marca [...] (Lacan, 1984c: 668).

Recordemos que este texto está hablando del falo y su conexión directa con el complejo de castración. Allí el falo se presenta como una función de nudo de dos asuntos capitales para la estructuración psíquica: primero, en la estructuración dinámica de los síntomas, es decir en lo que es analizable en las neurosis, las psicosis y las perversiones; segundo, en la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo, ni responder a las necesidades del *partenaire* en la relación sexual o acoger con justeza el niño procreado en dichas relaciones.

Ahora, ¿cuántas consecuencias se pueden tomar de esta primera indicación, de cara a descentrar la función del sujeto de teorías culturalistas, biologicistas, genetistas y otras? Sin lugar a dudas no son pocas y Lacan en el mencionado texto alude a algunas con las cuales se expandieron vertientes del psicoanálisis en varias latitudes. Empero, señala allí:

Se trata de encontrar en las leyes que rigen ese otro escenario —lo inconsciente— los efectos que se descubren al nivel de la cadena de elementos materialmente inestables que constituye el lenguaje: efectos determinados por el doble juego de la combinación y de la sustitución en el significante, según las dos vertientes generadoras del significado que constituyen la metonimia y la metáfora: efectos determinantes para la institución del sujeto (Lacan, 1984c: 669).

Si se achica la reflexión, podrá deducirse que el falo es el significante fundamental de la institución subjetiva, es el significante que separa al hombre del orden de las necesidades e inscribe el deseo humano como algo devenido de las demandas que se le hacen al Otro y que retornan a éste. Es decir, la significación del falo es bastante amplia y, a su vez, un concepto que hace renegar de las fórmulas concretas con las cuales se pretenden ubicar similitudes y diferencias ‘concretas’ entre individuos. En ese orden de ideas, el falo en tanto significante fundamental —que inscribe la represión primordial como elemento nuclear de todas las neurosis— sirve de guía y orientación en la comprensión de muchas actitudes y preferencias sexuales de los

individuos, siempre que estas se soporten en la renuncia anticipada de hallar allí otra cosa que una combinatoria significativa con efectos singulares sobre el sujeto. Ello es ir al campo de los fenómenos sin miramiento por alguna sustancialidad.

Conclusiones

Hemos realizado un recorrido del cual nos permitimos reiterar dos ideas: el lenguaje no es un objeto y el sujeto no es una sustancia. Sin duda alguna, la elaboración se opone a ciertas tendencias culturalistas y biologicistas que desconocen en sus análisis las lógicas del lenguaje y los efectos del significante en la estructuración íntima. De otra forma dicho, se opone a aquellos postulados que con basamentos de orden empírico pretenden neutralizar una causa en la lectura de diversos fenómenos o ubicar ésta en el orden del desarrollo o, en la mayoría de las veces, establecer coordenadas universales a partir de sus deducciones, de manera tal que todos los fenómenos que allí ingresan para ser analizados se matizan de acuerdo a estándares específicos (un origen singular, un estadio evolutivo, una combinatoria estricta de elementos).

Sostenemos, en el fondo, la idea de que el objeto del psicoanálisis, contando con el lenguaje, es siempre una experiencia, y que en dicho sentido, “[...] la estructura alusiva al lenguaje no es más que una experiencia para el sujeto que ella incluye” (Miller, 1987: 9).

Señalamos el binarismo del signo lingüístico de Saussure como uno de los grandes aportes de la lingüística al psicoanálisis, siempre que este se remita a lo simbólico propiamente dicho, dado que dicho orden permite la oposición permanente de una cosa por otra. Esto es, en tanto se trata de un orden no sustancial y con ello se marca una ley (no hay constantes, esa es la ley); una ley que dispone de las relaciones entre sus elementos.

Mostramos con dos ejemplos específicos (“El estadio del espejo” y “La significación del falo”) que ese binarismo es verificable a nivel del significante y que la estructuración subjetiva se puede leer, respetando singularidades, a partir de la lógica del significante. Allí la identificación como matriz de las relaciones del sujeto cuestiona los procesos identitarios rescatados y trabajados desde distintas disciplinas que suponen en el hombre construcciones fijas; y la mirada al significante del falo, como nudo que inscribe el deseo humano en el orden del lenguaje, abre las puertas para comprender, entre otras, las enigmáticas relaciones del hombre con su objeto sexual, con su *partener* y con la asunción del producto de los encuentros con la pareja.

De las ideas tomadas de Miller, nos faltó matizar una que queremos dejar para una próxima aproximación. Esta se refiere a la ligazón estrecha de Lacan con los trabajos de Lévi-Strauss (“El chamán y su magia”), pues

desde él Lacan marca una diferencia capital acerca de lo subconsciente y lo inconsciente. El primero se refiere a imágenes y recuerdos coleccionados a lo largo de la vida, mientras que lo inconsciente en cuanto tal, y apoyado en la lógica del significante, es siempre vacío. Lo inconsciente es tan ajeno a las imágenes como el estómago a los alimentos que lo atraviesan. En lo imaginario se presentan valores positivos y negativos, en lo inconsciente, en cambio, no hay elección o distinción de este tipo, no hay una reserva de imágenes que sirvan como referente último o primigenio. Pero lo inconsciente en tanto vacío, opuesto a lo imaginario, debe pensarse en Lacan para ser denominado reserva de significantes. De estas transformaciones surge en Lacan la idea de que lo inconsciente está estructurado como un lenguaje, está estructurado, en este sentido quiere decir, igualmente, que está vacío, que no está constituido por ninguna realidad, sino que su realidad depende de lo que Lévi-Strauss llama las leyes estructurales (Miller, 1994: 96-97).

Referencias bibliográficas

- Dor, J.** (1995). *Introducción a la lectura de Lacan*. Barcelona, España: Gedisa.
- Freud, S.** (1979). La interpretación de los sueños. En: J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (Vol. V). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1900).
- Lacan, J.** (1984a). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En: *Escritos 1*. Madrid, España: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J.** (1984b). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En: *Escritos 1*. Madrid, España: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J.** (1984c). La significación del falo. En *Escritos 2*. Madrid, España: Siglo Veintiuno Editores.
- Miller, J.-A.** (1987). *Matemas I*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Miller, J.-A.** (1994). *Matemas II*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Paz, O.** (1994). *El arco y la lira*. Santafé de Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Saussure, F. d.** (1976). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires, Argentina: Losada.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article / Para citar este artigo (APA):

Sánchez, C. (2014). Sobre la construcción humana en el lenguaje. *Revista Affectio Societatis*, Vol. 11, N.º 21 (julio-diciembre 2014), pp. 57-72. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de: <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>